



EMILIANO HERNANDEZ.

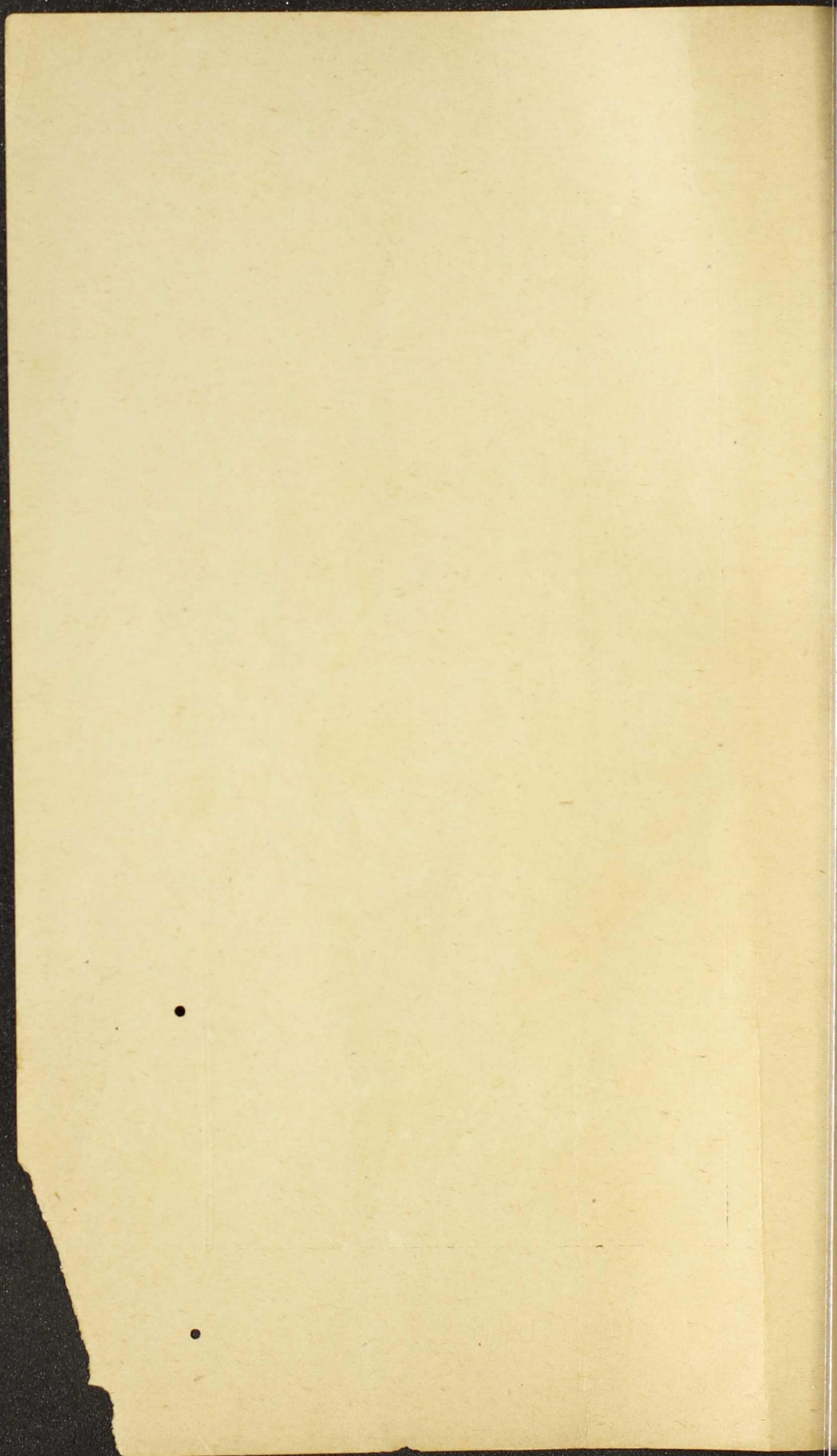


ZOOLOGÍA POLÍTICA.

(EL VERDUGO DE SAN CARLOS)



SANTO DOMINGO
TIP. "LISTIN DIARIO"
1903.



EMILIANO HERNANDEZ.



ZOOLOGÍA POLÍTICA.

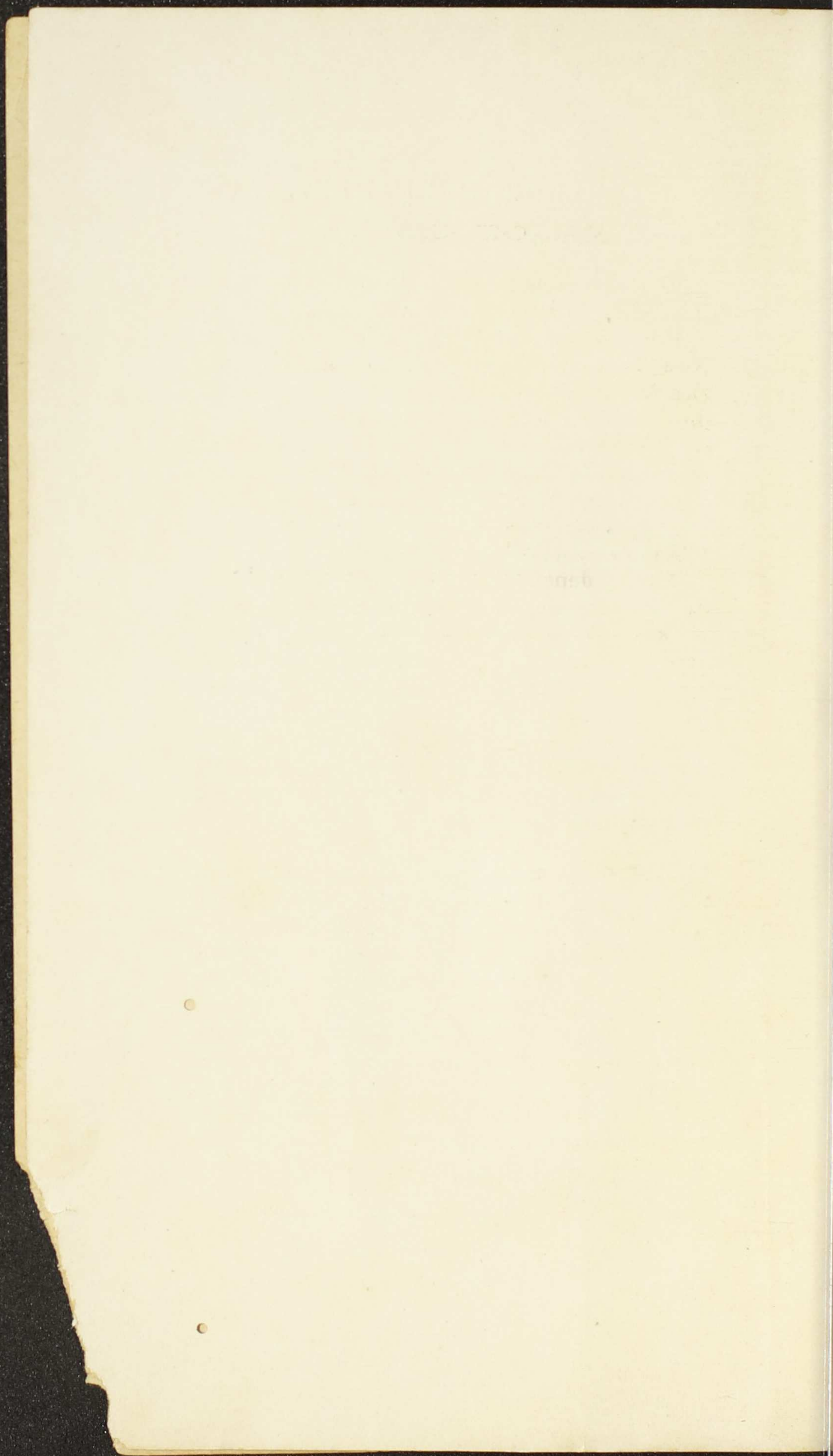
(EL VERDUGO DE SAN CARLOS)



Santo Domingo.

TIP. "LISTIN DIARIO"

1903.



SHORT NOTES.

El nombre de Emiliano Hernandez como intelectual no me era desconocido.

Por las revistas literarias de Venezuela, New York, Cuba y otros centros de América le conocía como buen literato y delicado poeta. Y á medida que venía leyéndole en sus excelentes producciones, pensaba: es un innovador exquisito del buen decir

Luego llegó á Santo Domingo, despatriado, y personalmente he podido estimarle en todos los aspectos de su vida.

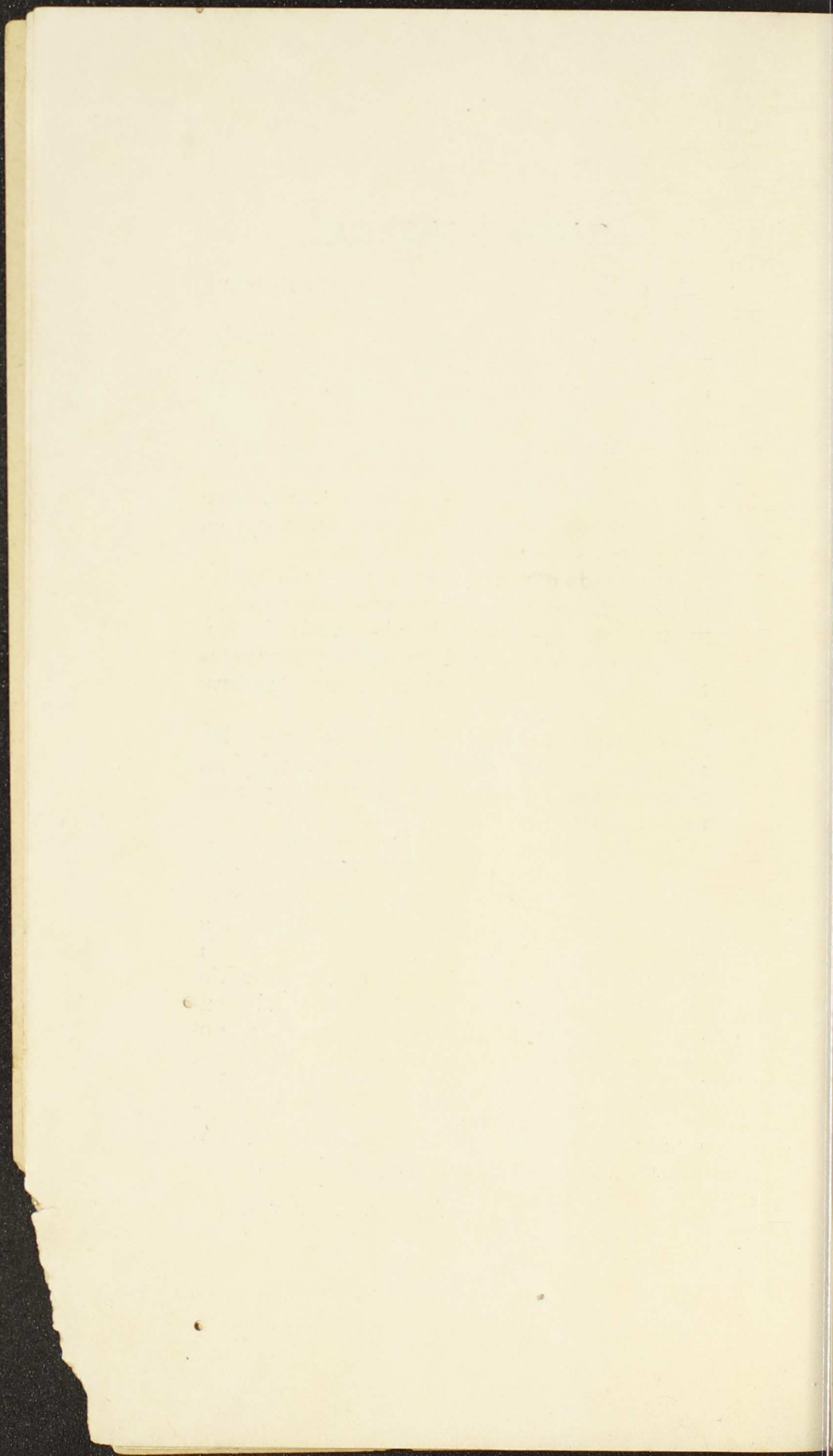
Alma independiente, rehacia á toda suerte de inclinaciones vergonzosas oficia en el altar augusto de la verdad; y su verbo facil y arrogante aplasta y confunde á los tiranuelos soeces y levanta y exulta á los benefactores de los pueblos.

Hernandez es revolucionario en todo. En política, porque es jacobino; en relijión, porque sigue á Renán; en literatura, porque es innovador.

Y de la ilustre cuna de Bolívar, de Venezuela heroica, su patria desventurada, será en no lejano día político distinguido, porque son muy altas sus aspiraciones columbradas en la montaña de oro del derecho y de la libertad que en estos días de duelo para Venezuela, permanecen humillados y vilipendiados, porque la autocracia impera y gobierna el derecho de los débiles: la fuerza bruta.

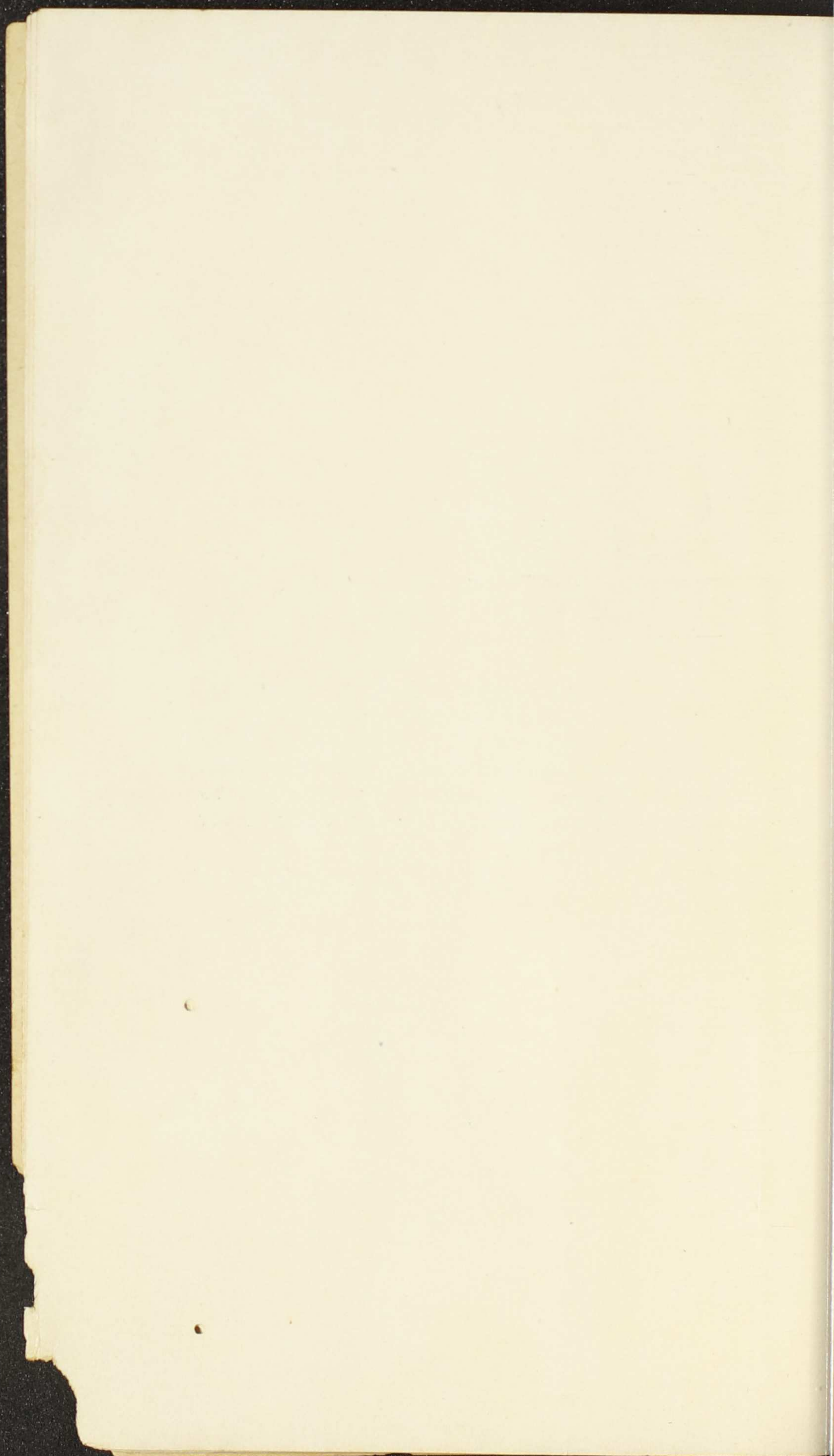
Este folleto, pues, no necesita de hujieres que lo presenten ante la consideración pública: su autor lo garantiza por sí solo.

MANUEL F. CESTERO.



A la pulcra falange, la de los Bustamante y los Arismendi Brito, la de los Diaz Rodríguez, cada día más corta, que ha logrado salvarse honrando el nombre de la República, en estas horas aciagas para la libertad nacional; á la falange austera y sana, que en su rectitud independiente, no ha hecho ni siquiera acto de presencia, ni es sospechocha de culpabilidad en el proceso inaudito de la degeneracion patria y de la insensatez política, á esa falange, seria y digna, elevo ésta voz de acusación, — germen de un deber y de una protesta.

EMILIANO HERNANDEZ.



I.



N Venezuela existe un hombre llamado por una mueca irónica del Azar, *Jorge Antonio Bello*.



Natural del Táchira, ese retazo venezolano, extraño y sombrío donde el alma de Calabria tiene inauditas expansiones, no sé precisar la fecha del nacimiento de Bello.

Bajo el soplo helado de aquellos ventisqueros, ante el paisaje monótono de aquellas cordilleras hurañas, que parecen tomar parte en la psicología complicada de aquel pueblo remoto, pasó Bello su juventud en la mísera condición de pulpero y rodeado de una leyenda deshonrosa de avaro.

La invasión fortunosa del Gral. Castro le llevó del Táchira, su provincia natal donde su amor al tanto por ciento y su burguesía codiciosa y rampante, le hacían blanco de todos los odios lugareños.

Llegado á Caracas y sintiéndose incapaz de la lid, incapaz de llevar al cinto la espada caballerosa del guerrero y de sentir en su pecho el noble ardor de la brega heroica, pidió á Castro la Jefatura del Castillo de San Carlos, que el caudillo afortunado de la Victoria le concedió por mediación de su señora esposa y comprendiendo la aptitud complaciente de Bello en aquel lugar infando, don-

de se ha desarrollado y se desarrolla para estupor del siglo, el drama más inícuo de suplicios.

Profundamente calculador y usurero, éste hombre infame ha hecho posible en esa fortaleza luctuosa el más pavoroso mito del tormento chino y el más descarado latrocinio.

Malvado por instinto, porque la maldad es en su alma cursi y oscura de judaizante una cualidad complementaria, es increíble, es fabuloso, llega al horror, el proceso de crueldades ejecutadas por él.

Ante su figura odiosa de esbirro, el pensamiento evoca las sombras trágicas, las macabras sombras perversas. La Inquisición con sus hogueras, el 93 con sus carnicerías, la San Bartolomé con sus espantos, vienen á la memoria, sin el nimbo de la hecatombe, ante éste busto ruin de verdugo, sin valor y sin talla.

Porque Bello es el crimen sin grandeza, si el crimen puede tenerla, es la matanza sin esplendor. Su nombre es indigno de la tragedia porque es indigno del heroísmo. Asesino de zarzuela, su vida es ínfima, la vida anónima del patibulario

La estulticia baja de sus hechos pasma por menguada y soez. Ni una fiereza altiva, ni un rasgo soberbio dan un tinte de prestigio á esta existencia de cadalso.

Sus vilezas causan asco.

Ahí está Antonio Paredes, el héroe de Puerto Cabello á quien este Founquier Tomville de arrabal, martirizó y torturó con toda la saña de la envidia poderosa y del despecho triunfante.

Ahí están Diego Colina y Pilar Medina, ahí José María Gil, el verbo altisonante, que

murieron en la fortaleza al golpe de la afrenta y del azote. Ahí el Gral. Pietri á quien se suplició espantosamente. Ahí ese José Manuel Hernández, infeliz y nulo, que está lavando con champagne, en una plenipotenciaria, las salivadas que en pleno rostro le arrojó Bello. Ahí el viejo Quintana; ahí Luis Boscan, el zuliano valeroso y austero; ahí Antonio Prieto Valbuena á quien Bello rehusó quitar los pesados grilletes en la hora sagrada de la agonía; ahí Rafael Carabaño, el joven general de Oriente que murió de HAMBRE en los subterráneos del fuerte; ahí un desventurado de nombre Faustino Vargas, Comandante de Armas del Nacionalismo á quien se dió el castigo de *cien* azotes; ahí un joven de Cumaná cuyo nombre olvidado en este momento quien falleció al salir del lugar inmundo que se le señaló por prisión. Ahí el Gral. Emiliano Hernández, ya anciano y enfermo á quien se le cargó de cadenas durante nueve meses de innombrable cautiverio, de donde lo sacó la bondad influyente de Nicanora de Aranguren, la amable y bella andina, la dama varonil, tan calumniada y generosa, á quien elevo un voto de cariño, en la púrpura de estas páginas acusadoras.

Ahí está el General Guerra, ciego, á quien repetidas veces Bello ha querido envenenar y á quien se debe ya que no por sus faltas, por su vejez las distinciones sociales. Ahí Jorge Torcuator Colina flagelado y á quien Bello tiene una horrible y desesperada envidia; ahí Desiderio Centeno á quien se maltrata diariamente; ahí Pedro Julian Acosta, el valor hecho carne: ahí Roberto Pulido; ahí tantos á quien Bello no perdona su mérito y su renombre militar.

Ahí, últimamente, el asesinato del Gral.

Platero y la vejación indecorosa que se hace de orden del verdugo de San Carlos á Nicolás Rolando, á Pablo Guzmán, á otros tantos.

Ninguna alma tan cruel para vengar su nulidad, como la de éste generalete risible. Eso de ser altivo, de no doblegarse á la adulación, de erguir la cerviz, es delito imperdonable para Jorge Bello.

Ah! pero no surgirás! Nó—Todo el mal está en tu deber hacerlo por que nó llegarás jamás, jamás, á la cima gloriosa; á la excel-situd, para tí inaccesible.

Tu misión ha de ser la rebeldía eterna contra la ascención brillante del hombre. El destino te ha condenado á morder, como los canes, el pié de las estatuas.

Nulo y malvado, estas dos palabras habrán de ser tuyas por toda una vida. Nulo y malvado oh! qué delirio de oprobio, todo tu oprobio, qué ensueño de ignominia, toda tu ignominia, está en esas dos palabras vengadoras.

*

Un convencionalismo abominable hizo de Jorge Bello el defensor de la Fortaleza de San Carlos, contra el ataque de la Escuadra alemana.

Y ese hombre—yo lo juro—no fué un defensor, ni siquiera un venezolano. Ese hombre fué algo más impuro: fué cobarde,

Ahí están el pueblo de Maracaibo y el caserío del Mojan que vieron en su seno los fugitivos de San Carlos. El lugar denominado Sabaneta de Montiel fué el sitio donde Jorge Bello llegó á situarse, cuando el cañón alemán, pedía una respuesta honrosa á quien en hora aciaga se confió el decoro de la República.

Telegramas oportunos y otras argucias políticas dieron á esta derrota miserable un colorido de resistencia digna.

Mentira! Si! Mentira.

Ahí va una carta del General Antonio Arrivillaga, uno de los supliciados de Bello, pero incapaz de la falsedad histórica. Apesar del duro tormento á que fué Arrivillaga sometido durante once meses, su carta es honorable y está ceñida por completo á la verdad de los sucesos.

San Cristóbal, (R. D.) 22 de Dbre. 1903.

Sr. Don Emiliano Hernández.

Sto. Domingo.

Mi distinguido amigo:

En contestación á la carta que Ud. me dirige, pidiéndome datos sobre el asunto de la acción de San Carlos, entre el señor Jorge Antonio Bello y los buques alemanes al mando del Comodoro Scheder, debo decirle en honor de la verdad que el señor Bello no hizo resistencia ninguna, pues dispuso retirarse con la mitad de las fuerzas del Castillo al lugar denominado Sabaneta de Montiel y envió la otra mitad á la Isla de Tóas al mando de un general Pino que era su segundo, donde lo ví con mis propios ojos durante algunos días—al frente de las tropas.

Esto es de lo que puedo informar á Ud, porque es lo que tiene el testimonio de mi presencia y de mi vista.

Su servidor y amigo,

Antonio Arrivillaga.

Y el Comodoro Scheder en su parte oficial al Emperador aleman, dice, entre otras cosas que callo por ser ofensivas á Venezuela, lo siguiente:

“El pueblo quedó fatalmente reducido á cenizas, pero la fortaleza quedó bien castigada y COMPLETAMENTE ABANDONADA por las fuerzas que la guarnecían. La falta de práctico y las dificultades de la entrada impidieron el paso del *Panther* al lago de Maracaibo”.

Mas aun: el pséudo héroe, el inofensivo Palafox de Sabaneta de Montiel estaba en total estado de embriaguez

Porque entonces ese ditirambo injustísimo y continuado de la Prensa asalariada de la República y del Exterior? A qué y porqué esa medalla decretada á un hombre sin honor y ese monumento erigido á un campo sin grandeza?

Es imposible que en ese verdugo respire un héroe. El brazo que hiere en la sombra es incapaz de erguirse á plena luz, bajo un cielo de tragedia.

El Sr. Bello—florezca la justicia—es un partidario del reclamo. Conociendo el hon-do poder de la publicidad, no omitió esfuerzo monetario alguno que no fuera encaminado á crear su popularidad de héroe, como si no existiera por sobre el elogio pago de la gacetilla diaria, el juicio firme y grave de la Historia.

El reclamo que es la virtualidad de casi todas las reputaciones militares de Venezuela, ha sido su baluarte y su escudo.

¿Qué hizo Bello, sino fugarse del puesto que á su creíble pundonor le confió en hora infausta el decoro de la República?

El único venezolano que tuvo ahí un gesto digno de admiración fué Martín Romay Añez, un joven general de porvenir que cayó herido en el primer combate. Es el único ademan decoroso.

Con sorpresa ví que César Zumeta tenía

para el nombre de Bello una palabra de elogio. Pero ya el ilustre publicista venezolano, debe de estar convencido del engaño perverso de que fué víctima.

Ese heroísmo es falso, absolutamente, eminentemente falso. Obra de la propaganda castrista que quiso elevar ese mentido gesto heroico, para disipar la mengua del conflicto que evidenció la degeneración del espíritu nacional en Venezuela, ese heroísmo, hoy que todo ha pasado ya, se conservó como una necesidad del patriotismo, y no como una verdad.

Fué un sofisma de la época, y todo sofisma es perjudicial y funesto.

Ese convencionalismo que se alzó en esos días amargos como un pendón de consuelo, es hora ya que deje de ser.

Ese velo debe ser rasgado.

Ha sonado la campanada reparadora.

*

Hay otro baldón en ésta figura mezquina: es la ratería.

El robo escandaloso á los cautivos políticos á quienes se despoja de sus prendas y dineros, la especulación con las tropas hambrientas que han ya amenazado su vida, obligan á ruborizarse antes estas hazañas del latrocinio.

La fortuna que en cortos días ha adquirido Bello, el contrabando sucesivo y otras cosas inícuas acaban de encuadrar éste tenebroso espíritu de caverna y de mostrador.

Bello es el vandalaje degenerado, la maldad vulgar. Es un enano del Mal. Una mediocridad ridícula del crimen.

No es un matador altivo, como Mussolino; ni un ratero aristocrático como Car-

thouche; ni un suplicador fino como Lili; ni un reo novelesco y sentimental como Garratazú.

Bajo de estatura, la cabeza rechoncha, la mirada oblicua, abdominal y simiesco, diríase un gendarme del Harem, un espía de Ana Bolena.

Visto de espaldas, es un caso digno del Jardín Zoológico.

Nada más aborrecible á los ojos del patriotismo que ver, día tras día más compacto y numeroso el desfile inaudito del cacicazgo vencedor y de la gañanería afortunada.

Y Bello representa, es una de las tantas encarnaciones pavorosas de ese desfile luctuoso — Bello es el capataz vencedor, el chálán adulado, la hez culminante — Bello no es el acero, sino el machete crispante.

Pero así, poderoso, adulado, victorioso, enriquecido y encumbrado, así y todo, Jorge Bello es á los ojos del presente austero, la representación más advenediza de ese militarismo inesperado, grotesco y brutal, funesto á la raza de América.

Nulo y malvado... Sí.... para hoy y para siempre.

Esas dos palabras lo marcan y lo castigan, y son un soplo hermoso de justicia, en estos días amargos para la dignidad nacional.



